

simas luces. El P. Alonso Rojas no pudo menos de exclamar: «¡Válgame Dios! ¡Qué prodigio tan grande!» La Rosa de Lima y la Azucena de Quito son las flores más fragantes y hermosas que América ha ofrecido al Altísimo.

CAPÍTULO VI

Nuestra Señora del Quinche (Ecuador)

SUMARIO.—I. El Quinche. II. La Virgen de Oyacachi. III. Ingratitud y castigo. IV. El santuario del Quinche. V. Portentos generales. VI. Favores singulares.

I

EL QUINCHE

Á cinco leguas del noreste de la católica ciudad de Quito se encuentra un camino, que de la meseta, que allí forman los dos cordones de los Andes, desciende serpenteando á manera de gigantesca culebra, y se introduce en angosto y profundo valle, regado por río caudaloso, que se junta al Esmeraldas antes de desembocar en el Pacífico. El camino es triste y fatigoso, pues carece de vegetación, y los rayos del sol caen perpendiculares sobre las áridas rocas, que se encuentran casi en la misma línea equinoccial. Nubes de menudo polvo sofocan al viajero; pero éste sigue jovial y sereno, y al llegar al borde de la meseta, su rostro se ilumina con sonrisa de complacencia, su corazón late á impulsos de la más pura alegría, é instintivamente se descubre la cabeza, y con labios balbucientes recita fervorosa plegaria. Es que ha divisado en lontananza el pequeño pueblo del Quinche con sus blancos caseríos, que rodean el santuario donde se esconde la joya más preciosa, el imán de

su corazón, la imagen más conocida y venerada del Ecuador, bajo la advocación ó título del nombre del pueblo.

Hállase éste situado en las faldas de una sierra, llamada del Manzano, que no es más que la prolongación de la gran cadena oriental de los Andes. Desde ese paraje se descubre uno de aquellos panoramas deliciosos y frecuentes de la cordillera Andina. Divisase inmensa planicie, donde hay dehesas cubiertas de hierba y de árboles, fertilizadas por mansas corrientes de agua cristalina. El horizonte se halla rodeado á modo de grandiosa muralla por los cerros de la cordillera. Destácanse entre las alturas del Cayambe con su eterno manto de nieve, que le cubre desde la cima hasta la base, el histórico Rumiñahui y el formidable Cotopaxi, coronado siempre de nubes cenicientas, formadas por el humo que arroja de sus entrañas. Á pesar de estar casi en la misma línea equinoccial, pues de ella apenas dista seis segundos, el clima de Quinche es benigno, merced á su elevación de 2664 metros sobre el nivel del mar. El número de habitantes de toda la parroquia es como de tres mil, y de ellos mil viven en el casco de la población. Las casitas, cubiertas de tejas y blanqueadas ó pintadas, son sencillas, pero cómodas, y sirven para hospedar á los millares de peregrinos que acuden á visitar la santa imagen. Tal es el pintoresco sitio donde la Santísima Virgen ha querido colocar su trono.

II

LA VIRGEN DE OYACACHI

Allá por los años de 1586 Diego de Robles, escultor español, labró una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe para el naciente pueblo de Guápulo, como ade-

lante diremos en la reseña de la Virgen de la Nube, la cual robó los corazones de los habitantes del antiguo territorio de los Sciris(1). Los indios de Lumbici pidieron al artista que les hiciera otra para su capilla; pero sea por que no les gustase ó por otra causa que se ignora, no la aceptaron, y Robles hubo de llevar su imagen á Quito. Allí supo que los indios Oyacachis, que tenían sus ranchos á dos días de la ciudad y carecían de iglesia, pues eran aún neófitos en la fe, deseaban adquirir una efigie de la Santísima Virgen, á cuyo derredor pudieran juntarse para hacer sus devociones. Alegre con esta noticia, marchó á Oyacachi, y cambió la imagen por tablas, que era la única mercadería de aquella pobre gente. Gozosos los indios con la efigie de la celestial Señora, la colocaron en rústico nicho, abierto en la roca, y la cubrieron con un velo para defenderla de las injurias del tiempo, y en sus ansias de obsequiarla, le tejieron túnica de esparto muy curiosa, que se conservó hasta hace pocos años, y desapareció á causa de haber sido distribuida en fragmentos á los devotos y peregrinos. Éstos atestiguaban que con tales reliquias obtenían señalados favores.

Luego empezaron los indios á honrarla con singular afecto, la miraban como el ángel tutelar de sus bosques, el amparo de sus cabañas y la protectora de sus hogares. Después de las labores cotidianas, se complacían en reunirse al pie de su Virgen de la Peña y en celebrarla cantando sus alabanzas al son de instrumentos rústicos. ¡Qué escenas tan tiernas debían desarrollarse en aquellos parajes agrestes y solitarios! La Reina del cielo se dignó manifestar cuánto le agrada-

(1) Los Sciris eran los jefes de las tribus de los caras, que dominaban en el valle de Quito y á los cuales subyugó Huaina Capac, inca del Perú.

ban tan sinceras manifestaciones de sus pobres hijos.

Notaron éstos que multitud de avecillas de variados plumajes revoloteaban todo el día al rededor de la imagen y como que la cortejaban con sus trinos sin que las ahuyentase la presencia de los indios. Sólo se retiraban á sus nidos cuando las sombras de la noche envolvían el bosque como con fúnebre sudario; pero entonces se verificaba otro suceso no menos admirable. Luz brillante bañaba de claridad á la santa imagen, que parecía un foco de donde brotaban rayos que iluminaban el espacio. Atónitos los indios ante un espectáculo tan sorprendente pensaron edificar una capilla antes de dar noticia de lo sucedido á la ciudad. Pero por más precauciones que tomaron para ocultar los hechos, éstos se divulgaron, y pronto el áspero camino se vió inundado de gente que venia á cerciorarse por sus propios ojos de la verdad del prodigio. De este modo se formó el pueblecito. Éstos fueron los primeros milagros realizados por la veneranda imagen.

Con el entusiasmo que les inspirara el verse favorecidos del cielo, empezaron los oyacachis la fábrica de su pequeña iglesia. No tenían arquitecto que los dirigiera, ni ellos habían adquirido conocimientos para edificar notables casas, pues su comercio consistía en cortar madera de los bosques y formar tablas, que vendían en los pueblos circunvecinos; pero el amor todo lo puede y alcanza imposibles. Lograron al fin levantar modesta capilla, que era un palacio para aquellas soledades.

La Virgen se acreditó obrando maravillas. Diego de Robles, al tener noticia de estos milagros obrados por la imagen que había labrado, se juntó á una caravana de romeros para visitarla. Los indios le pidieron con encarecidas súplicas que les hiciera un nicho de madera en el altar, para que la Señora tuviera un trono menos indigno de su grandeza. Robles se excusó dejando tris-

tes y afligidos á los pobres oyacachis; pero María se encargó de consolarlos. Regresando Robles á Quito, al pasar un puente, tropezó el caballo que montaba, é iban á caer ambos en el río. Acordóse entonces de su imagen é invocó su amparo en tan apurado trance. Sin saber cómo, la rodela de la espuela se enredó en las ramas con que acostumbraban cubrir los puentes, y así quedó colgado sobre el abismo, hasta que algunas personas que transitaban por allí lo libraron de las fauces de la muerte. Al querer darles las gracias, todas habían desaparecido. Entonces comprendió que ese suceso no era obra de la casualidad, sino castigo amoroso de la Santísima Virgen por haberse negado á obsequiarla. Sin ir á Quito regresó á los oyacachis é hizo el nicho del modo que le exigieron los indios.

Otro milagro, obrado en obsequio de uno de los trabajadores de la capilla, vino á enardecer el ánimo de los oyacachis para continuar su empresa. Un indio, llamado Francisco Guacón, cortando en el bosque madera para la fábrica de la iglesia, erró el golpe del hacha: en vez de darlo en el tronco del árbol, dióselo en una pierna, con tal fuerza que, cortándose músculos y huesos le quedó aquella pendiente de los nervios. El indio, sin preocuparse de medicinas, empezó á invocar á la Virgen de la Peña rezándole la Salve. Apenas había concluido de recitarla dos veces, cuando con asombro de todos los circunstantes se levantó sano sin vestigios siquiera de heridas.

Tales sucesos no podían menos de alentar la confianza de los indios en la Soberana Madre de Dios, confianza que rayaba en familiaridad, pero que estaba lejos de desagradar á la Señora, puesto que nacía de una fe sincera y fundada en los mismos favores que ella les venía dispensando. Véase un caso de éstos, que acredita familiaridad respetuosa y tierna. Una pobre mujer,

de costumbres inmaculadas y de alma cándida, se ofreció á llevar la comida á los obreros ocupados en cortar leña para la fábrica de la iglesia. No teniendo quien cuidase el pequeño campo que cultivaba y cuyas mieses estaban ya en sazón, se volvió á la imagen de la Peña, y con candor infantil le decía: «Yo soy sola, Señora mía, y no tengo á quien confiar el cuidado de mi trigo; cuidadlo vos mientras voy á llevar la comida á los que trabajan en vuestro servicio». Y ¡oh amorosa condescendencia de la Madre de misericordia! no se desdeñó de bajar del cielo á colocarse en medio de la sementera de la pobre india.

Pero los hechos referidos quedan eclipsados por el siguiente, que fué cantado por uno de los más ilustres poetas ecuatorianos. Mientras cortaban leña en el bosque para el santuario unos piadosos consortes dejaron á su hijito dormido á la sombra de un árbol. Transcurrido breve espacio de tiempo, como oyeran un gemido, acudieron al niño, y vieron con horror que le estaba devorando un oso. Imposible es expresar lo que experimentaron en ese momento los infelices padres. Sin pensar en el riesgo que corrían, se lanzan sobre la fiera; y el esposo, que llevaba todavía en las manos una hacha, la obliga á huir; pero el niño yacía inerte, ostentando un brazo medio comido y que manaba copiosa sangre. Traspasados de dolor cogen el cadáver del parvulito y lo depositan al pie de la imagen de la Peña, diciéndole que, ya que les había sobrevenido tamaña desgracia por estar trabajando para su santuario, á Ella correspondía devolverles el único consuelo de su vida. Una voz secreta les hablaba en el interior de su alma que confiasen en la bondad de María, que sin duda remediaría la desgracia. Y así sucedió. Volviendo á mirar los padres al mutilado niño, lo encontraron riendo con angelical sonrisa y jugando con el manto de la Virgen que

tenía asido con sus manecitas. Si difícil es manifestar el dolor que embargó el corazón de esos pobres indios al ver muerto á su hijo pequeñito, quizá lo es más decir el júbilo y la alegría que inundó su alma al verlo resucitado. Lo tomaron en sus brazos, y notaron que el miembro destrozado había recobrado todos sus músculos sin quedar huella de las heridas. La fama de este prodigio se extendió pronto á Quito y á las regiones comarcanas y atrajo innumerables romeros y valiosos donativos, con los cuales se pudo activar la obra de la iglesia hasta darle glorioso remate.

Inmediatamente fué trasladada allí la santa imagen con singulares demostraciones de alegría. En aquellos bosques de alisos resonaron por vez primera los ecos de los cánticos sagrados y fueron iluminados con el brillo de los cirios que llevaban los fieles. Naturalmente esto contribuyó á que aumentase el culto de la Soberana Señora y que acudiesen á visitarla vecinos, no sólo de la Audiencia de Quito, sino de partes lejanas de las naciones limítrofes, como de Pasto y Popoyán.

María continuaba dispensando favores á sus hijos de Oyacachi, que podían estimarse felices de tener junto á sí tal Madre y tal Tesoro. Había una india que se distinguía por su tierna devoción á la Santísima Virgen, y entre los obsequios con que solía honrarla, uno era ofrecerle todos los hijos que le nacían, mandando que los pusiesen á los pies de la imagen, en señal de que se los consagraba. Acto hermoso de la religión, tan grato á Dios, que mandaba en el Éxodo que se le consagrasen todos los primogénitos, tanto de los hombres como de los animales, y que la misma Iglesia ha santificado instituyendo ceremonias y oraciones con que sean presentados y ofrecidos á Dios los recién nacidos, tomando esta práctica de la que Dios prescribía en la Ley Antigua; acto empero, cuyo valor no podía acaso comprender la

piadosa india y que en su lenguaje no había encontrado otro término para calificarlo que el familiar de «hacer comadre á la Santísima Virgen».

Aconteció, pues, que le naciera muerta una criatura. Hasta entonces era la primera desgracia que le sucedía de esta naturaleza; y afligida, pero animada de la confianza y de la fe que suele inspirar el amor cuando se busca á Dios de corazón, manda que lleven la criatura á los pies de la Santísima Virgen, con este recado: que pues hasta entonces había sido comadre de todos los hijos que le habían nacido vivos, si no quería resucitar al que le había nacido muerto, lo fuera también del que era cadáver. Fe maravillosa, que hizo que se cumpliera en ella lo que Jesucristo promete en el Evangelio, cuando dice que nada hay imposible al que cree. Apenas el niño había sido colocado á los pies de la Santísima Virgen, cuando desplegando los párpados, extiende los bracecitos como alargándolos á María. El padre del niño, que en persona lo había llevado, cae prosternado de rodillas delante de la Sagrada Imagen, sin atreverse en su asombro á dar crédito á lo que veían sus ojos. El pintor que grabó en el lienzo este prodigio, no encontró otro medio de representar las circunstancias de él, que colocando el niño de la india resucitado y sentado en el brazo derecho de la Santísima Virgen, de suerte que aparece la benignísima Señora con dos niños, el suyo santísimo en la izquierda y el de la india en la derecha.

Fácil es comprender que con tales prodigios se propagase rápidamente el culto de la sagrada imagen, y que para su fiesta, que es el 21 de Noviembre, día en que la iglesia celebra la Presentación de la Santísima Virgen en el templo de Jerusalén, acudiese apiñada multitud de gente, dos Canónigos enviados por el Cabildo

eclesiástico y tres jesuitas (1). Después de la Misa solemne se organizaba la procesión, que recorría la espaciosa plaza de delante del templo, acompañando á la imagen infinidad de devotos con cirios encendidos.

En una de estas procesiones sucedió un hecho notable, que se reprodujo en los años sucesivos. Estando á la puerta de la iglesia notaron los fieles que las nubes amenazaban descargar copiosa lluvia. Un rato quedaron indecisos dudando si convendría sacar el anda; pero al fin se resolvieron á salir. Cayó en efecto fuerte aguacero que inundó los campos; pero sin duda la Virgen dirigía con su mano poderosa las nubes, pues no cayó en el área de la plaza una gota de agua, volviendo los concurrentes á la iglesia tan secos como habían salido. Al año siguiente se presentaban también las nubes amenazadoras; pero con la experiencia de lo sucedido en la fiesta anterior, salieron sin miedo, y esta vez un fuerte viento barrió las nubes y quedó el día claro y sereno. Desde entonces hasta el presente jamás las lluvias han sido obstáculo para organizar la procesión.

María se ostenta Reina de los elementos. Y bien lo atestigua Quito. Cada vez que prolongadas sequías agostan los campos, amenazando á los habitantes con la pobreza y otras calamidades, es llevada la santa imagen á la ciudad, y no se cita un solo caso en que no haya obtenido el suspirado beneficio.

III.

INGRATITUD Y CASTIGO

Catorce ó dieciséis años habían trascurrido apenas

(1) Ignórase el motivo por el cual se celebra la fiesta el 21 de Noviembre. Los autores creen que sería quizás por especial devoción del cura ó de los indios, ó porque en ese día verían las aveciatas que revoloteaban al rededor de la imagen.